

EL TEATRO EN LONDRES

Por PROSPERO

LENTA, muy lentamente, la temporada teatral va tomando ímpetu. Los estrenos dignos de notarse han sido pocos y ninguno ha alcanzado un éxito decisivo. Ello no quiere decir que vayan a retirarse del cartel al cabo de unos días; el público potencial de Londres y sus alrededores es tan enorme, que por poco que haya en una obra, ésta se conserva un tiempo cuantas semanas viva, ya que no triunfante.

Sigue la crisis de escritores. Críticos propios y extraños lamentan que la excepcional colección de buenos actores y directores que hay hoy aquí, no se vea acompañada de otra colección, aunque sea pequeña, de autores dramáticos. Se discute y analiza las causas de semejante escasez; y creo interesante dar los motivos que, un agudo ingenio, atribuye a la crisis: Aquí, en la Gran Bretaña, no existe un paro obrero agudo, que inspire obras basadas en los problemas de ese tipo de pobreza; no hay corrupción suficiente para que pueda interesar a la masa; no hay problemas raciales, como los que, en los Estados Unidos, por ejemplo, sirven de fondo a muchas obras dramáticas; los estados de neurosis nacional son desconocidos; la juventud, pese a ciertas explosiones relacionadas con ese tipo de baile llamado "Rock'n'Roll", sabe adaptarse a las circunstancias; no hay represión que justifique una rebelión de tipo literario; no existen extensiones de terreno inexplorado que inspiren obras de "aventuras"; la diferencia entre la vida del burgués y la del obrero no es lo bastante aguda como para justificar dramas de tipo social. En resumen, en este país y en estos momentos, disfrutamos de un clima de tedio nada propicio a inspirar obras geniales de fondo político, ni filosófico, ni económico, ni sociológico, ni psicológico. Sean éstas, u otras, o éstas más otras las razones, lo cierto es que los carteles siguen llenos de nombres de tutores extranjeros.

Extranjeros son los que nos han dado las dos obras recientes más importantes: uno, Henri de Montherlant, con su "El Maestro de Santiago";; otra, miss Carson MacCullers, con una obra cuyo título podría traducirse por "Uno más en la boda". "El Maestro de Santiago" es calificado por su autor de "auto sacramental". La obra está montada, dirigida y financiada por un actor: Donald Wolfit. El teatro donde se presenta, aunque tiene gran tradición, no está en el centro, sino en un barrio. La crítica no ha sido favorable; esos problemas de orgullo, egoísmo, crueldad y misticismo, tan caros a Montherlant, no hallan eco aquí, si no van acompañados de una actuación brillante o un texto de gran valor literario.

Carson MacCullers es norteamericana y su obra no puede ocurrir más que en América del Norte. En ella está latente la obsesión por la psiquiatría y patente el problema racial. El argumento es muy sencillo: una niña de doce años, por estar muy desarrollada físicamente, no encaja entre las de su edad. Forja una amistad con su cocinera negra —la madre de la niña murió y el padre no la hace caso— y un niño de siete años. En los dos primeros actos apenas ocurre nada, aunque un diálogo fluente y gracioso mantiene el interés; en el tercer acto ocurre demasiado: la heroína se va de su casa decidida a acompañar a su hermano mayor durante la luna de miel; el novio de la cocinera —que es también negro— da muerte a un blanco y es detenido; el niño de siete años, sufre un ataque de meningitis. Pese a todo ello, la obra acaba bien; la niña regresa al hogar paterno sonriente y feliz: ha descubierto amigos de su edad. Esta sesión de psicoanálisis se soporta muy bien, gracias a la destreza técnica de la autora; pero se soportaría mejor si fuese posible hallar una actriz capaz de desempeñar un papel de niña-problema de doce años, sin que, constante-

mente, se advierta que está "actuando".

La misma empresa que ha montado la obra de miss MacCullers, estrenó antes otra que, después de las pocas semanas que, por costumbre, mantiene en el cartel cada producción, pasó a otro teatro más céntrico, donde confirmó el éxito. Se trata de una comedia antigua, del siglo XVIII, de las llamadas de enredo; y está escrita con un desenfado que difícilmente se aceptaría en una obra moderna. Pero está llena de ingenio, de sana alegría y de "teatralidad". Se titula "La señora, de campo", y su autor es William Wycherley; inglés, igual que Shakespeare, que sigue llenando los teatros y sirviendo de testigo, tanto a los que dicen que no hay autores ingleses dignos de tenerse en cuenta en estos días, como a quienes aseguran lo contrario.

Pero lo cierto es que, en estos momentos, tenemos en los teatros de Londres las siguientes obras extranjeras: "Vista desde el puente", de Miller; "El vals de los toreros", de Anouilh; "El Maestro de Santiago", de Montherlant; "Uno más en la boda", por Carson MacCullers; "Los hijos de Mrs. Gibbons", de Glickman y Stein; "No es tiempo de sargentos", comedia americana; "Historia de risa", de Salacrou; eso sin contar con un par de revistas musicales francesas y otras dos o tres norteamericanas. Y antes de que esto que escribo aparezca, habrá debutado la compañía de Edwige Feuillere. Desde hace muchos se han agotado todas las localidades para todas las representaciones, en uno de los teatros más grandes de Londres. La actriz francesa nos ofrecerá ¡aún! "La dama de las camelias"; "La Parisienne", de Becque; "La carroza del Sacramento", de Merimée, y "Fedra", tragedia que Edwige Feuillere va a representar por primera vez en su vida, habiendo elegido Londres para tal acontecimiento.